

Rumbo del psicoanalista enfrentado a los límites de la lógica colectiva.

Bernard Nominé

Seminario Escuela en Vigo
Abril 2021.

Cuando se me pidieron un tema que desarrollar para este seminario escuela en Galicia, yo acababa de dar un seminario en Roma respecto al tema de la urgencia y de la prisa, tema que desarrollamos este año en los colegios clínicos de Francia. Yo desplegué que la urgencia procede del Otro, el Otro es quien nos apresura en contestar a sus peticiones; de cierto modo la urgencia se refiere al tiempo del Otro, lo comprobamos en estos momentos que experimentamos con las urgencias sanitarias, cuando el Estado se mete en nuestras agendas, nos manda quedarnos en casa, o volver a casa antes de las seis o yo que se, todo esto debido a la urgencia sanitaria. La raíz latina del verbo urgir viene de *urgeo* que significa prensar, en el sentido de pisar la uva, pisotear. La urgencia implica una presión del otro.

La prisa, en cambio es asunto de cada uno, atañe al sujeto.

A mi juicio, no hay ninguna urgencia que apresura al analista a que conteste a la demanda, en la medida en que él sabe que lo que se le pide, en la transferencia, es que rechace lo que se le ofrece porque no es eso. Habrán reconocido aquí aquella fórmula que Lacan usó para definir la carta de amor tal como la transferencia.

Si el analista ha de medir como contestar a la demanda que se lo dirige, y si en eso no hay urgencia, en cambio, de él se espera un acto. Y a ese nivel se trata de prisa.

Me refiero aquí a un texto de Lacan algo complicado, un texto que él redactó al acabarse la segunda guerra mundial. *El tiempo lógico* es el título que Lacan dio a un artículo que una revista de artes le pidió en el momento de su reaparición después de un paréntesis de cuatro años, debido a la guerra. Es un texto que me dedique a estudiar en el marco de un libro que redacte el año pasado sobre el tiempo.

El asunto es el siguiente:

Un director de cárcel se les ofrece, a tres detenidos elegidos, la oportunidad de ponerlos en libertad con tal que contesten a un enigma lógico en el que cada uno ha de adivinar el color de un disco que lleva en la espalda sin poder verlo. Hay un dato importante es que el director tiene cinco discos, dos negros y tres blancos. Este dato básico conlleva un axioma: al ver dos discos negros en la espalda de sus compañeros, uno puede deducir que él lleva un disco blanco. Pero eso es justamente lo que ninguno de los tres verá, ya que, con malicia, el director les colocó un disco blanco a cada uno.

La solución ideal así se enuncia: Nombremos A, B y C los tres prisioneros, y razonemos en el lugar de A.

Al ver dos discos blancos A se dice: “supongamos que yo sea negro; B a quien veo blanco y que ve a C blanco, también puede decirse como yo: si yo fuese negro, C, al verme y A negros tuviera que salir, estando seguro de ser blanco”. Ahora bien, B no ve a C moviéndose y concluye que su hipótesis de ser negro es falsa. En realidad, cada uno de los tres está en la posición de A planteando que es negro, imaginando el razonamiento del segundo B y comprobando que el tercero no se mueve. Luego, en la solución ideal, los tres han de concluir que llevan un disco blanco y se apresuran hacia la salida donde se les espera el director para comprobar sus conclusiones. Puesto que se mueven juntos, tienen que apresurarse porque sólo el primero en entregar la solución justa de modo lógico será puesto en libertad.

Lacan denuncia esa solución como siendo un sofisma. Subraya que si A, una vez acabado su razonamiento, se mueve y ve a los otros dos moviéndose igualmente, A tiene que detenerse porque

los movimientos de los otros dos ponen en tela de juicio su conclusión. Empieza por dudar, ¿quizás el es negro?

Pero si A se detiene B y C también puesto que se supone que reflexionan del mismo modo. Luego A viendo a los otros dos parados vuelve a reflexionar y se dice que si fuera negro B y C tuvieran que proseguir o a los menos, una vez parados, hubieran tenido que adelantarse de nuevo hacia la salida antes que él. Así que, los tres razonando del mismo se precipitan hacia la salida. Pero de nuevo tendrían que pararse pensando que su hipótesis es falsa y parece que el problema podría repetirse sin cesar.

Aquí es donde la conclusión de Lacan es la más aguda. Uno puede concluir que es blanco “cuando los otros dos han vacilado dos veces en salir” y no más.

El interés de este problema lógico estriba en el hecho de que Lacan nos muestra que la identificación de un sujeto es un proceso lógico y colectivo. Identificarse implica encontrar su sitio en un colectivo.

Pero Lacan introduce en este proceso lógico una dimensión temporal que caracteriza a cada sujeto. Lo que determina a cada sujeto no es solamente la lógica del significante que el Otro le otorgó y que él lleva en su espalda y todas las conclusiones que él puede sacar frente a las reacciones de los demás. Lo que lo determina es también el manejo del tiempo que Lacan despliega en un instante de ver, un tiempo para comprender y un momento de concluir. Si instante de ver y tiempo para comprender son compartidos entre los tres, el momento de concluir atañe a cada uno y acaba por separarlos. De ahí Lacan despeja la función de la prisa. La prisa es necesaria para que cada uno no recaiga en la duda al contemplar los movimientos de los otros dos.

Otro punto interesante subrayado por Lacan 10 años más tarde.

Hay que distinguir el lenguaje y sus leyes lógicas – aquí planteadas por el director de la cárcel que distribuye los discos después de haber dicho que tenía dos negros y tres blancos, lo que introduce una oposición significativa y una disimetría – y el discurso, el hecho de que cada uno ha de definirse gracias a un discurso para decir quien es. Ahora bien, si el lenguaje dispone de todo su tiempo, él existía antes de nosotros, en cambio la palabra no tiene todo su tiempo, se enuncia con prisa.

En el seminario XX, retomando el problema 25 años más tarde, Lacan relaciona la función de la prisa con la función del objeto *a*, objeto *a-t*, con la homofonía que nos hace entender el objeto *hâté*, apresurado, así como *athée*, ateo. En realidad, esa referencia nunca la encontraron en el seminario XX editado por el Campo Freudiano ya que su escriba la borró. En vez, inventó un neologismo escribiendo: “la función de la prisa, el objeto *a* la tetiza”. Lo que no significa nada. Esa referencia sólo se puede escuchar en la grabación audio que pueden encontrar en la página web de Patrick Valas.

A continuación, Lacan agrega que, en su apólogo, “lo que merecería ser mirado de cerca es lo que aguanta cada uno de los sujetos, no lo de ser uno entre otros, sino ser, respecto a los otros dos, el que es la apuesta de sus pensamientos.”

Aquí es donde tenemos que volver al despliegue del apólogo.

Noten que A es quien hace la hipótesis, imaginándose en el lugar de B, haciendo la misma hipótesis. Son dos haciendo hipótesis; el tercero mira y está observado por ellos. Eso es lo que Lacan subraya en el seminario XX diciendo que los prisioneros no son tres, sino $2 + a$. El tercero se reduce al papel de un objeto lógico, una mirada, objeto de los cálculos de los otros dos. El lugar de C, es el del objeto, no es el lugar de quien calcula, sino el lugar de quien reacciona a lo que él ve.

No es un lugar verdaderamente subjetivo, es el lugar de un objeto que reacciona a la lógica de la experiencia.

Luego cada uno de los tres prisioneros está, a la vez en la posición de quien calcula, y a la vez en la posición de ser el objeto del cálculo de los otros dos. Cada uno ha de aguantar esa posición, dice

Lacan. Así nos da a entender que puede ser una posición difícil de aguantar. A decir verdad, es una posición que se parece a la del analista.

En la cura el analizante supone que su analista piensa tal o tal cosa de él. En este sentido el analizante es como A imaginándose en el lugar de B, pensando. Pero si el analista reacciona como una pareja que piensa y calcula tal como B, luego no está en el discurso analítico sino en una relación intersubjetiva cualquiera. El analista sólo finge estar en la posición de la pareja, pero en realidad se mantiene en la posición del objeto *a*, que no piensa, sino que, tal como el prisionero C, reacciona lógicamente y además es la apuesta del pensamiento de los otros. Es una posición difícil de sostener porque permanece al margen del discurso común, no resuena con el coro de la armonía colectiva. A veces, respecto a tal o tal fenómeno de masa, algunos hablan de una inteligencia colectiva. A mi modo de ver lo que caracteriza a la masa no es la inteligencia sino más bien la tontería.

Pero volvamos a nuestro asunto.

Despegarse de lo colectivo no es fácil; es una lección posible de este texto raro. La identificación es un proceso necesario, pero lleva al individuo a una identidad fundada en lo colectivo, una identidad enredada en lo colectivo. El psicoanálisis le ofrece, a quien quiere, una salida más allá de las identificaciones. Por eso necesita la presencia de un analista que actúa con prisa.

La interpretación ha de ser presta, decía Lacan en *Televisión*. Actúa como el chiste, en un santiamén. El objeto *a* que sea voz o mirada entra en función como un relámpago. Por eso el tiempo apresurado, o sea la prisa, forma parte del concepto del objeto *a*.

En 1945, al salir de la guerra, Lacan aun no había idea del objeto *a*. Pero curiosamente, a una revista de artes le ofreció aquello texto que aparentemente no trata del psicoanálisis pero que trata de un objeto dejado a un lado por la lógica clásica, trata del tiempo en juego en la palabra y demuestra que la prisa puede ser un remedio para la lógica colectiva.

En su texto Lacan subraya los límites de la lógica colectiva, pero muestra, a la vez, que los hombres no pueden prescindir de esa lógica. “*Si en la carrera tras la verdad no se está sino solo, sin embargo, ninguno toca a lo verdadero sino por los otros.*”

La lógica colectiva es cosa humana, pero puede llevar a lo inhumano especialmente cuando se la utiliza de modo científico.

Se supone que los nazis sabían algo de la lógica colectiva para llevar al pueblo alemán a que siguiera a ciegas al Führer. Bien se sabe que manejaban la lógica colectiva en el campo de concentración para mejorar el rendimiento de su solución final.

Cabe decir que los nazis no tuvieron la primacía del uso de la concentración humana. Los primeros gulags aparecieron en Rusia en los años treinta. No por casualidad esos dos totalitarismos, el bolchevismo y el nazismo, aparecieron en la misma época. Uno sirvió de recurso contra el otro y vice y versa. En realidad, uno nutría al otro.

Según dicen los historiadores, esos totalitarismos nacieron después de la primera guerra mundial, época en la que los hombres se habían acostumbrado a obedecer a los mandamientos militares para salvar a la patria. Es la ley de *uno para todos y todos para uno*, principio estudiado por Freud como psicología de las masas. Pero es un principio que parece ser un retroceso respecto a la democracia liberal que reinaba en Europa antes de la guerra.

Los totalitarismos del siglo XX compartieron una misma hostilidad frente a la democracia liberal. Mostraron una misma voluntad de construir un “hombre nuevo” y una sociedad en la que el individuo pasa a un segundo plano frente al colectivo. Los que no se conforman al modelo ideal han de desaparecer, ya se no los otorgan el título de “hombre.”

Habrán notado que así es como Lacan finaliza su texto, escribiendo al estilo de un silogismo aristotélico:

1. *Un hombre sabe lo que es un hombre.*
2. *Los hombres se reconocen entre ellos por ser hombres.*

3. *Yo afirmo ser un hombre por temor de que los hombres me convengan de no ser un hombre. Movimiento que da la forma lógica de toda asimilación "humana", en cuanto precisamente se plantea como asimiladora de una barbarie....*

La referencia implícita a los campos de concentración y a la barbarie nazi es evidente.

Luego ¿cual es el alcance de este texto?

Aparentemente no habla del psicoanálisis, parece solamente contrarrestar la subjetividad tal como la plantean las ciencias humanas, ciencias en las que Lacan no confiaba.

El sujeto considerado por las ciencias humanas es como el sujeto del discurso de la ciencia, un sujeto forcluido en tanto tal. Nada que ver con el sujeto dividido a quien el discurso analítico se dirige. El sujeto de las ciencias humanas es un modelo, una ficción, tal como *el homo economicus* de la ciencia económica que pretende saber como la gente gasta o ahorra su dinero en ciertas circunstancias. Aunque este saber se funda en estudios estadísticos, y en cálculos colectivos, lo que sucede en las crisis económicas demuestra los fallos de este saber.

Del lado de la psicología, pasa lo mismo. El sujeto de la psicología es un modelo que da forma a un ego adaptado a las normas de la época. Dio a luz al cognitivismo y a las practicas conductistas que dictan las normas de la salud mental. Estamos en eso en el ámbito de la lógica colectiva en la que la locura sólo se define como identificación imposible de un sujeto con los demás.

Es una definición necesaria pero no suficiente de la locura. Lacan no la criticó. Dice en RSI que *cada uno ha de identificarse al grupo y que cuando uno no logra hacerlo está perdido, hay que internarlo*. Pero añade *"no digo a que punto del grupo los seres humanos tienen que identificarse. El punto de cualquier nudo social es la no relación sexual como agujero."* Pues, en RSI Lacan define una estructura del grupo humano algo distinta de la de Lebon y Freud. El grupo ya no es centrado por un significante amo, sino por un agujero.

Con RSI estamos en 1975. El tiempo lógico fue redactado treinta años atrás. Pero ya en aquel texto Lacan tenia la idea de que uno puede arreglárselas con la lógica colectiva y encontrar su verdad que lo aparta del grupo.

En su texto casi profético, al estilo de una parábola, Lacan muestra que los individuos encarcelados en su condición humana regida por una lógica colectiva sólo pueden salir de la cárcel contando con esa lógica, pero apoyándose en una temporalidad singular para cada uno. Esa temporalidad singular, Lacan la refiere a la prisa como versión del objeto *a*, el objeto *a-t*.

Luego la parábola es esa: una vez reconocida la lógica colectiva, cada uno tiene que apresurarse para apartarse del movimiento colectivo imbécil que caracteriza las masas. Si hay salida posible no es por la vía de las ciencias humanas, ni tampoco por la vía del colectivismo, la salida es uno por uno. Considerado así, no podemos decir que este texto de Lacan no trata del psicoanálisis.

En nuestra época marcada por la extensión de la lógica colectiva a todo el planeta, con sus consecuencias económicas, políticas y sanitarias, en nuestra época marcada por la cháchara incesante de los peritos y de todo tipo de comentaristas que nutren los movimientos colectivos, ¿cuál es la posición del psicoanalista? ¿Un comentarista demás? Claro que no.

El psicoanalista ha de medir el alcance de su decir. Lo que caracteriza un decir es su temporalidad. Para surtir efectos un decir tiene que llegar ni temprano ni demasiado tarde. Eso, los griegos de la antigüedad lo llamaban *kairos*. Implica un manejo singularizado del tiempo. El decir del analista más vale que se lo reserva para la interpretación, no vale para todos sino uno por uno en el marco de la cura. Además, el bien decir al que el análisis se refiere no tiene nada que ver con el decir la verdad. La verdad sólo se puede decir a medias.

Eso es la conclusión que yo saco de este texto de Lacan en el que él demuestra en acto el rumbo del psicoanalista que contesta a una petición de sus coetáneos, pero con una respuesta que parece

ser fuera de lugar, desfasada. Pero, sin hablar directamente del psicoanálisis, sin tratar de convencer al lector del interés del análisis en el mundo de la post guerra, sin interpretar directamente este mundo, Lacan hace escuchar entre líneas la posición ética del psicoanalista que se interesa por la singularidad del sujeto, singularidad que se funda en la relación con su objeto, un objeto que escapa de la lógica colectiva.

Por eso 25 años más tarde, él puede retomar el asunto y mostrar que ya en esa época apuntaba a una de sus mas interesantes invenciones, la del objeto *a*, mostrándonos que aquel objeto puede cumplir la función del tiempo subjetivo, un tiempo que no se comparte con los demás, pero que singulariza cada uno y que caracteriza su deseo. Respecto a esa cuestión, aunque nuestros aparatos nos lo dan a creer, no estamos todos a la misma hora. El psicoanálisis le permite a uno no perder la hora de su propio deseo.